

primera, quien se la tocó con la punta de los dedos, montando á su vez de un salto.

En seguida llamaron á los perros que corrieron á reunirse en torno de ellas, y espoleando á los caballos se alejaron rápidamente.

El herido permaneció algunos minutos como clavado en el sitio en que se encontraba, sin hacer un gesto, sin exhalar un suspiro, hasta que desaparecieron en un recodo del camino.

Dejó caer entonces la cabeza sobre el pecho y quedó un rato pensativo.

Sigamos á este nuevo personaje, con quien necesitamos trabar conocimiento.

VII

EL SEÑOR MICHEL

Habíase conmovido de tal manera el mancebo con esta escena, que cuando hubieron desaparecido las dos hermanas le pareció salir de un sueño.

Y era muy natural. Hallábase entonces el mozo en el período de la existencia en que hasta los seres destinados á ser algún día fríos y positivistas pagan su tributo al idealismo novelesco, y aquel imprevisto encuentro con dos doncellas tan diferentes de las que estaba habituado á ver cada día le trasportó al mundo fantástico de las primeras ilusiones, en donde su imaginación pudo vagar á su sabor tras de los maravillosos castillos contruidos por las hadas, que á medida que avanzamos van derrumbándose sucesivamente á entrambas orillas del camino de la existencia.

Sin embargo, no tratamos de suponer que se hubiese enamorado de ninguna de las amazonas; sinó que al ver aquel extraordinario portento de belleza, de distinción y de elegantes y varoniles maneras, se sintió poseído de curiosidad extremada.

Arrastrado por este sentimiento, propúsose *verlas de nuevo*, ó cuando menos averiguar quiénes eran.

Como si el cielo se hubiese complacido en satisfacer sin dilación su curiosidad, al encaminarse á casa, encontró á quinientos pasos á un hombre con polainas de cuero, un cuerno de caza sobre la blusa, una carabina cruzada á la espalda y un látigo en la mano, andando aprisa y con aire mal humorado. El mancebo creyó que sería algún picador de la cacería, que acompañaba á las jóvenes, y con semblante alegre y sonrisa atractiva, se dirigió á él diciéndole:

—Amigo, andáis en busca de dos señoritas, ¿no es eso? y si no me equivoco, una monta un caballo castaño y la otra una yegua rodada.—Os equivocáis, y mucho, respondió brutalmente el de la blusa: en primer lugar, no soy vuestro amigo, puesto que no os conozco; y luego, yo no busco á ninguna señorita, sinó á mis perros que un imbécil ha despistado cuando estaban persiguiendo á un lobo, haciéndoles correr tras de una liebre que acababa de errar como un chambón.

Mordiése los labios el mozo, y el hombre de la blusa, á quien sin duda habrán conocido nuestros lectores por Juan Oullier, prosiguió:

—Sí, señor, yo lo estaba viendo desde lo alto de la Benate de donde bajaba después de azuzar á los perros, y os aseguro que de buena gana hubiera dado la prima que me cede el señor marqués por encontrarme cerca de las espaldas de ese mal criado.

Ni remotamente se le ocurrió al aludido reclamar en el desenlace de esta escena el papel que su interlocutor le reservaba á su principio, y sin hacer caso del apóstrofe de Juan Oullier, sólo se fijó en una palabra, diciendo:

—¡Ah! ¿con que vos servís al señor marqués de Souday?

Juan Oullier miró al soslayo al torpe que en tan mal hora le interrogaba.

—Yo á nadie sirvo, contestó el viejo vendeano; sólo dirijo la jauría del señor marqués de Souday porque así me place, tanto por mi gusto como por el suyo.—¡Es particular! dijo el mancebo en voz baja y como hablando consigo mismo: ¡seis meses hace que estoy con mamá en este país y nunca había oído decir que el marqués de Souday estuviera casado! —¿Nó? pues yo os lo participo, caballero, le contestó agriamente Juan Oullier; y si tenéis algo que replicar, puedo enseñaros todavía otras muchas cosas, ¿testamos?

Pronunciadas estas palabras en tono amenazador, cuya

causa aparentó ignorar el mozo, cortó bruscamente el diálogo Juan Oullier, y sin cuidarse del que así le importunaba, volvióle las espaldas y emprendió á todo andar el camino de Machecul.

Al verse solo otra vez, su interlocutor dió algunos pasos en la misma dirección que tomó después de separarse de las dos desconocidas, y torciendo luego á la izquierda internóse en un campo, donde se encontraba un hombre arando.

Tendría el tal unos cuarenta años de edad, y en su semblante, á pesar de ser potevino, retratábase la astucia que caracteriza la fisonomía del normando; de subido color y penetrante mirada y con un continuo movimiento de cejas, disimulaba la osadía de su mirada, con cuyo ardid fingía un aire de estupidez ó por lo menos de simplicidad capaz de disipar los recelos del más avisado; pero su boca burlona cual la del Pan de los antiguos, revelaba á pesar suyo uno de los tipos más maravillosos que había producido el cruzamiento de las dos razas primitiva y normanda.

Aunque el joven aparentaba dirigirse al labrador, no suspendió éste su tarea, pues demasiado conocía el esfuerzo que sus caballos tendrían que hacer para arrancar en aquel terreno duro y arcilloso. Continuó lentamente el trabajo como si tal cosa, y cuando estuvo al extremo del surco que estaba abriendo y por consiguiente tuvo que volver el arado y acomodarlo para proseguir su tarea, dió un momento de descanso á los animales, y mirando al recién venido, díjole en tono algún tanto familiar:

—¿Qué tal? ¿Ha ido bien la caza, señor Michel?

Sin contestar, quitóse éste el zurrón y lo tiró á los pies del labriego, quien al través de las espesas mallas vió el pelo rojizo y sedoso de la liebre, y con grande admiración exclamó:

—¡Ah, ah! ¡Voto á cribas! ¡una capuchina! ¡Parece que no os andáis por las ramas! Sacó luego la liebre del zurrón, examinóla con ojo inteligente y la apretó el abdomen, cual si tocante á la conservación de la caza no fiase del todo en las precauciones que podían esperarse de un cazador novel.

—¡Diantre! exclamó en seguida, ¿sabéis que vale tres francos, como yo me llamo Courtin? ¡Vaya un tiro soberbio! de seguro habréis encontrado más ameno correr la liebre que leer libracos como lo hacíais há una hora cuando os he encontrado.—Nó á fé, respondió el mozo, no daría yo mis

libros por tu escopeta.—Quizás no vais del todo descaminado, señor Michel, respondió Courtin manifestando mal de su grado cierto descontento; si vuestro padre, que gloria haya, hubiera pensado como vos, tal vez le habría ido mucho mejor. Sin embargo, si estuviere en mi mano y no tuviera que trabajar doce horas diarias, no me contentaría con cazar de noche.—¿Seguís yendo al acecho?—Algunas veces, señor; por distracción.—Algún día tendremos que ver con los gendarmes.—¡Ya! ¡buen cuidado me dan! son una cáfila de holgazanes. Han de levantarse más temprano para cogermé á mí. Y con el aire astuto de su fisonomía, añadió:

—¡Por vida del otro! ¡siempre les daré quince y falta á vuestros gendarmes! En el país no hay más que un Courtin, y en verdad os digo que son muy topos si no caen en el *quid*.—¿Qué queréis decir?—Que si quieren quitarme el vicio de cazar al acecho, no tienen otro recurso que hacerme guarda como á Juan Oullier.

Pero el señor Michel fingió no comprender la indirecta, y como ignoraba quién era Juan Oullier, no hizo alto en las palabras del labriego.

—Tomad la escopeta, Courtin, le contestó entregándole el arma; os doy mil gracias por haberme sugerido esta idea, pues no es culpa vuestra si yo no sé sacar de la caza bastante partido para encontrar en ella una grata diversión como los demás hombres.—¡Oh! no hay que desanimarse, señor Michel; con el tiempo entra la afición; no hay mejor perro que el más tardo en aficionarse á la caza. He oído decir muchas veces á gastrónomos capaces de engullirse treinta docenas de ostras en un almuerzo, que habian llegado hasta la edad de veinte años sin poder siquiera mirarlas. Creedme, en adelante salid del castillo como lo habéis hecho esta mañana, con un libro en la mano, y la señora baronesa nada sospechará. En seguida venís á encontrarme: mi escopeta estará siempre á vuestra disposición, y si la urgencia del trabajo me permite un momento de tregua, os acompañaré para explorar el terreno y batir los matorrales. Por ahora, dejad que vuelva á colgar este chisme en el armero.

El armero de Courtin era simplemente el vallado que separaba su campo del de su vecino. Allí escondió la escopeta entre las matas, cuidando de enderezar luego las zarzas y las ramas de modo que la ocultasen á la vista de los transeuntes, preservándola al propio tiempo de la lluvia y de la

humedad, males que todo cazador furtivo sabe remediar perfectamente, mientras tenga á la mano algún cabo de vela y un trapo.

—Oid, Courtin, dijo luego el joven afectando hablar con entera indiferencia; ¿sabíais que el señor marqués de Souday está casado?—¡Nó, á fé mía! dijo el aldeano: lo ignoraba completamente.

El señor Michel se dejó engañar por el aire natural de su interlocutor, y añadió:

—¿Sabíais que tiene dos hijas?

Ocupado todavía Courtin en enderezar algunas ramas rebeldes que resistían á sus esfuerzos, levantó con prontitud la cabeza y fijó en el mancebo una mirada tan interrogadora, que á pesar de haber sido inspirada la pregunta de éste por una yaga curiosidad se puso como la grana.

—¿Habríais encontrado quizás á las Lobas? Efectivamente me parece haber oído el cuerno de caza del viejo *chuan*.— ¡Qué Lobas son esas!—¡Las hijas bastardas del señor de Souday, pardiez!—¡Ah! ¡y á esas niñas llamáis Lobas?— ¡Pardiez! con ese nombre las conoce todo el país; pero como vos acabáis de llegar de París no es extraño que lo ignoréis.

La grosería con que hablaba Courtin de las dos gemelas aumentó la timidez del mancebo, quien sin saber por qué, contestó con esta mentira:

—Nó, no las he encontrado.

El tono de esta contestación no satisfizo del todo al labriego, quien para aclarar sus dudas prosiguió con el acostumbrado movimiento de cejas:

—¡Es lástima! os juro que son lindísimas; y según dicen dadas algún tanto á la risa, cosa que en verdad no desprecian los muchachos, ¿no es cierto, señor Michel?

Sin saberse explicar el joven los verdaderos motivos de la dolorosa sensación que experimentaba al oír la insultante indulgencia del patán con las agraciadas amazonas de quienes acababa de separarse poseído de tanta admiración como agradecimiento, pintóse en su semblante el disgusto, de suerte que á Courtin ya no le cupo duda de que el señor Michel había visto á las Lobas; lo cual y el haber negado el encuentro abultó en su imaginación los resultados que había podido tener.

Sabía de fijo que el marqués de Souday se había encontrado pocas horas antes en las cercanías de la Logerie, y de

aquí deducía el aldeano que casi forzosamente debía haber encontrado el joven á Mary y á Berta, pues raras veces dejaban de acompañar á su padre en sus cacerías. Por otro lado, ¿quién podía asegurar que no hubiese hecho más que verlas? Pero si había llegado á hablarles, atendida su reputación, aquel coloquio podía muy bien interpretarse como el preludio de una intriga amorosa.

De deducción en deducción maese Courtin, que era como se ve un excelente lógico, concluyó por sacar la consecuencia de que su joven señor debía necesariamente encontrarse en este punto.

Decimos su joven señor, porque Courtin tenía arrendada una pieza de tierra del barón.

Pero no era la faena del labrador la clase de trabajo que más se avenía con sus inclinaciones: Courtin ambicionaba la plaza de guarda particular de las tierras de la Logerie, y por esta razón procuraba con su característica bellaquería llegar al logro de sus deseos por medio de hábiles combinaciones, entre las cuales se contaba la de tratar de establecer de todos modos una solidaridad cualquiera con su amo.

Había principiado por ofrecerle su complicidad al estimularle á desobedecer las órdenes de su madre tocante á la caza, y frustradas por este lado sus esperanzas, recobrólas por completo al pensar que podía ser el confidente y el auxiliar de sus amores, con cuya ayuda contaba alcanzar el objeto de su modesta ambición.

Adivinó Courtin con su natural sagacidad en el rostro del joven, que al hacerse el eco de la animadversión general hacia las dos amazonas había dado un paso en falso, y trató por consiguiente de enmendar su torpeza.

Ya hemos visto cómo había empezado á hacer salvedades en la opinión que las dos hermanas le merecían; en lo sucesivo no hizo más que seguir el mismo plan algún tanto amplificado, y añadió con toda la naturalidad de que fué capaz:

—Por lo demás, yo tengo para mí que el mundo siempre exagera cuando trata de dañar al prójimo; sobre todo respecto de las niñas casaderas. Ahí tenéis por ejemplo á las señoritas Berta y Mary....—¡Ah! ¿se llaman Berta y Mary?—Sí, señor; la morena Berta y Mary la rubia.

Al decir estas palabras dirigió al mancebo una indagadora mirada, y parecióle notar que al oír el nombre de Mary se ruborizaba algún tanto.

—Pues como decía, continuó el porfiado aldeano, las señoras Mary y Berta son muy aficionadas á la caza, á los perros y á los caballos; pero no creo que esto sea razón para dudar ni remotamente de su recato. El señor cura de la Benate, que en paz descansa, era un famoso cazador furtivo, y no creo que sus misas hayan sido peores que las demás por haber tenido su perro en la sacristía.—Lo que nadie puede negar, añadió su amo sin notar que se estaba contradiciendo, es que esas dos jóvenes, y en especial la señorita Mary, tienen el aire más tierno y simpático que darse pueda.—Y lo son, señor Michel; creed que lo son. El año pasado, sin ir más lejos, cuando el excesivo calor de la estación y los miasmas de los pantanos difundieron la fiebre maligna por el país, ¿quién lo ha recorrido sin descanso en todos sentidos, cuidando á los enfermos cuando los médicos, los boticarios, hasta los albéitares y toda esa ralea habían huído de la comarca? Las Lobas, como las llaman ellos. ¡Vive Dios! ¿esas sí que no hacen limosna con los labios! Es de verlas entrar en las viviendas de los menesterosos y dejar allí su limosna saliendo luego colmadas de bendiciones! Ódielas los ricos cuanto quieran, que yo os juro que los pobres y los necesitados siempre las querrán como á las niñas de sus ojos.—Entonces ¿de qué proviene su mala fama? —Sábelo Dios. ¿Acaso esas cosas se explican nunca? ¿Acaso se indagan? Creedme, señor, los hombres son como los pájaros; cuando uno de ellos está enfermo, todos se apresuran á arrancarle las plumas: lo que hay en esto, es que todos los de su clase les vuelven las espaldas y contribuyen á propagar todas esas murmuraciones. Vuestra madre, muy buena señora por cierto y nadie lo pone en duda, estoy segurísimo de que si la hablarais de ellas, os diría: «¡buen par de bribonas!»

Sin embargo, á pesar de la diplomática maniobra de Courtin, el mancebo no llevaba trazas de estar dispuesto á entrar en conversación más íntima, y aquél pensó que en la primera sesión había preparado bastante el terreno para dar lugar á la confidencia que esperaba.

Como el señor Michel manifestaba deseos de retirarse, el colono le acompañó hasta la linde de su campo, notando al propio tiempo que las miradas del mozo se dirigían muy á menudo á la frondosa espesura de la selva de Machecul.

VIII

LA BARONESA DE LA LOGERIE.

Abriendo estaba Courtin la barrera del coto y franqueando respetuosamente el paso á su amo, cuando resonó á la opuesta parte del vallado una voz femenina que á este llamaba, y al oirla el barón demudóse y quedó como clavado en su sitio, en tanto que en el campo vecino y al pié de la escalera que lo ponía en comunicación con el de Courtin, aparecía la que aquellas voces acababa de dar.

Era la tal una señora que frisaba con los cuarenta ó cuarenta y cinco años, de vulgar fisonomía, en la cual notábase una fingida altivez que armonizaba muy poco con su nada aristocrático porte; era además bajita y muy gruesa, llevaba un vestido de seda harto lujoso para el campo, y á no ser por su sombrero cuya flotante batista caía sobre el rostro y hombros, hubiérase dicho al ver el acicalamiento de su persona, que acababa de hacer una visita en la *Chaussée-d'Antin* ó en el arrabal de *Saint-Honoré*.

Este era el personaje cuyas futuras reconvenções habían al parecer inspirado tanto temor al pobre mancebo.

—¡Magnífico! exclamó al verle. ¿Y aquí estáis, Michel? ¡Bien os portáis! ¡Buenas consideraciones tenéis á vuestra madre! ¡hace ya más de una hora que la campana del castillo os ha llamado á la mesa, sabéis cuánto sientotener que esperar y comer á deshora y os encuentro departiendo tranquilamente con ese labriego!

Trató Michel de balbucir una excusa, pero casi simultáneamente su madre reparó lo que Courtin no había notado, ó quizás había aparentado no notar, esto es, que el joven llevaba atado á la cabeza un pañuelo algo manchado de sangre, lo cual no podían ocultar las anchas alas de su sombrero de paja.

—¡Dios mío! exclamó al verlo, elevando la voz que en su diapason ordinario era ya más que regularmente aguda, es-